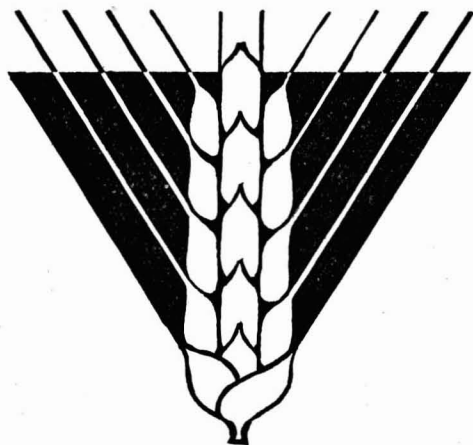


EL GRANO



EN LA ESPIGA



LA VUELTA AL HOMBRE

NO obstante que nuestro tiempo registra entre sus características los tan formidables fenómenos de los derrumbamientos de las formas, y hace patente la vaciedad de tantos enunciados, su punto de definición parece ser el de una gran espiritualidad. Espiritualidad del hombre que, con toda lealtad, sabe sacar de sí el valor indispensable, no sólo para saberse solitario en la vastedad de una civilización que él mismo califica ineficaz, sino, igualmente, para sostenerse a sí propio, sin ceder al horror del vacío, dejándose llevar, antes bien, y reaccionando, del innato impulso creador (re-creador) y en el cual toda alma auténtica encuentra su mayor alegría, es decir, su recreo. Los signos, pues, bajo los cuales se pretendía representarnos nuestro tiempo, se alteran un poco, y en este sentido, las llamadas al pesimismo prueban más bien como toques de atención a la fuerza del hombre: que éste sabrá a su debido marco lidiar con tales depresiones, y, tras la lucha, elevarse a las más luminosas alturas.

Por de pronto, el alma de los conglomerados deberá estar alerta. Se intenta, históricamente hablando, la prosecución creadora del espíritu, y, en una menor cuantía, el sostenimiento de las obras que ocuparon a tal espíritu, el cual, llegado el caso, y siempre que no veamos de su agotamiento, plasmará otras no solamente iguales, sino superiores, puesto que los problemas de la humanidad así lo requieren. Lo fundamental, entonces, es superar la letra, no quedarnos en los enunciados, saltar sobre los símbolos y partici-

Por VICENTE MAGDALENO

par de todas las modalidades del fuego que supo plasmarlos. Es decir, mirarnos en el espíritu creador, sentirnos cercanos o en el propio centro de su fuente y constatar toda palabra en el hombre mismo.

De no ser así, el espíritu, que es eterno, participaría de la suerte de las cosas por él creadas, o sea, de la muerte.

¡El hombre vuelve al hombre! En los finales de los ciclos se sabe él, en efecto, aparecer con una mayor plasticidad, tal y como el nómeno entrevisto de todas las filosofías, y dice de su actitud ante la adversidad y las demoliciones, alzándose, finalmente, como un símbolo vivo ante los pósteros: héroe, genio o semidiós de nuevos mitos y ordenaciones subsecuentes.

Tal parece ser, en efecto, el derrotero que toman los acontecimientos de la historia. Y, así, la vuelta al hombre no implica, como pudieran suponerlo los sutiles, el necesario quedarnos en el pobre egoísmo que padecemos en el día. Lo contrario es la verdad. Pues el hombre, más cerca de sí que nunca, y libre ya de las valoraciones que endiosaron su engañosa libertad y le ataron más bien a las bajas pasiones de los otros, sentirá de esta suerte más ligado su destino al de los hombres todos en lo fundamental, pudiendo así decir de conducir su acción a la participación de los totales esfuerzos, conservando para sí, úni-

camente, y como hombre integral, su libertad interior. ¡Sociedad e individuo perfectamente conjugados, sin la amenaza de la anormalidad del predominio de ninguno de ambos!

Tal el mensaje. El espíritu precisa estar libre de las cargas inútiles y habla de la operación del cambio, una vez contemplado el incendio de su casa ancestral, a regiones más luminosas, y siente ya la alegría del trasplante.

El hombre, de hoy en lo próximo, no deberá adorar las cosas ni quedarse en lo transitorio, así sean las tesis más altas las que intenten detenerle, sino continuar adelante y saltar con el espíritu, rumbo a las nuevas edificaciones. Toda voz, en nuestra hora, de liberación auténtica, tornará a hablar de dar al César lo que es del César, aspirando, parejamente, a la superación de sí, para ver de olvidar todo dogmatismo. ¡La historia insiste en ofrecer una oportunidad a la libertad efectiva—es decir, interior, creadora—del hombre, y éste únicamente podrá decidir de su aceptación o su rechazo!

Sed de Totalidad

P o r EUGENIO D'ORS

El escritor español EUGENIO D'ORS, cuya colaboración generosa al espíritu de solidaridad de los pueblos de habla hispánica se ha manifestado en la especial comprensión con que el autor ahonda en el sentido de las tareas de nuestras gentes, halla marco para decir su esencial palabra, en las nuevas prédicas de la cultura. La voz de D'Ors dice así, en todas sus publicaciones, no solamente en los fragmentos que siguen, del afán de superar el mero especialismo que tan buen campo encuentra en nuestro tiempo, y el cual no pretende en forma única encadenar al hombre en lo material, sino reducirlo paralelamente en lo espiritual.

HE aquí un periódico de lucha social, socialista, sindicalista. ¿Vamos a leerlo? ¿Probemos de leerlo? A los pocos minutos, y a menos de especial interés utilitario o de estudio, el periódico socialista, sindicalista, nos cae de las manos.

¿Por qué esto? ¿Porque nos ofende? No; porque nos aburre. Este rápido desapego no es cosa únicamente del intelectual. La pasa lo mismo al obrero, a quien el periódico concretamente se dirige. Le pasa lo mismo, porque el periódico es monográfico; porque cae en la equivocación de ser monográfico, y, sordo a las palpitaciones más vigorosas de la vida espiritual, olvidado de los problemas permanentes y de los ideales eternos, ciñese a tratar de aquello que, con una estrechez mental incúya, suele llamarse "cuestiones obreras".

Significa una torpe calumnia a la naturaleza humana desconocer la emocionante, la inagotable sed de totalidad que hay en ella, en cualquier momento y situación, o prescindir de satisfacer aque-

lla. ¡Estrecha y limitada es la pobre vida de cada hombre; ceñida por las fatalidades del estado social y por copia de otras fatalidades todavía. Pero ahí está el ensueño, el ensueño consolador. Y siempre una lectura es una manera de ensueño.

Pedagogos inhábiles escriben pacientemente para los niños libros de imitado balbuceo, en que se trata de niños. "Así—piensan—, aquellos pondrán en la lectura interés". Llegan a los niños, y lo primero que hallan en la lectura es fastidio. Mientras tanto, su imaginación vuela a imaginar aventuras de soldados, de bandoleros o de exploradores. Y si el antipedagógico, si el providencial azar hace caer en sus manos la *Odisea*, se embriagan—literalmente se embriagan—de Homero.

Escritores miopes escriben libros para los campesinos. Les hablan de la tierra, de las cosas de la tierra, de los intereses de la tierra... Y aquí está Juan Labrador, junto al fuego lar, cabalgándole en las narices unas fuertes gafas de plata. Aquí está Juan y lee un libro que se llama así: *Pluralidad de los mundos habitados*. ¡Pretendían que no supiese más que de la tierra, y a él el cielo mismo ya le parece estrecho!

Y acontece que se funda un diario socialista. Y al hombre que ha pasado once horas en una fábrica, y tres preparando una huelga, y venticuatro rumiando la miseria o soñando la miseria, le quieren hablar únicamente de miseria, de huelga, de fábrica... Entonces él, si es de buena fe todavía, se suscribe tal vez, pensando que así cumple una obligación. Pero el papel, apenas recibido, es dejado de lado para leerle "cuando haya vagar"; y el hombre toma diez céntimos, si los tiene, y llégase a un kiosco para comparar, con pretexto de *Novela corta* o de *Colección selecta*, cualquier narración decadente de aristocracia putrefacta...

De poca penetración psicológica da muestra Romain Rolland cuando, en un pasaje del *Jean Christophe*, alude, como con extrañeza y mal humor, al gusto que los elementos de la "Universidad popular del faubourg Saint-Antoine" mostraban por la poesía simbolista y quintaesenciada. Al escribir esto el escritor ilustre ¿no respiraría tal vez por la herida? El, en sus mocedades, había pensado, predicado, iniciado un "Teatro del pueblo". Argumentos épicos, tramas sencillas, pasiones elementales y universalmente humanas, fuerte claridad...—fracaso completo. Los ebanistas, los metalistas, los carpinteros, los acarreadores, desertaban para irse a escuchar en la Universidad popular del faubourg un recital de *L'après-midi d'un faune*. Y tal vez si se quedaban en la Universidad del faubourg era por dificultad económica de llegar a la Comedia Francesa a ver las comedias de M. Lavedan, que por entonces debían estar a la moda...

"*¡Peuple vous meme!*", le decía, picado, a un amigo de Jean Christophe el obrero que él quería catequizar. Sin duda descubrimos en esta palabra una vanidad y una vidriosidad muy pintorescas. ¿Pero no es ella, a la vez, algo más profundo? ¿No encontramos ahí una nueva manifestación entenebrecida de la sed de totalidad que nos consume a todos—al obrero que gusta del arte decadente, como al rentista que se obliga a ciertas